

---

**Pavel Syssoev**, *La paternidad espiritual y sus perversiones*, Salamanca: Sígueme («Colección Nueva Alianza Minor», 45), 2021, 142 pp., 12 x 19, ISBN 978-84-301-2116-8.

Este pequeño libro hace una presentación general de un tema y una sensibilidad que son muy actuales, pues enlaza con reflexiones recientes, como la de Candiard sobre la libertad y la de Dymas de Lassus sobre los abusos en la vida religiosa. Se puede decir que la paternidad espiritual es una necesidad, especialmente en un momento en que la paternidad misma parece haber desaparecido de muchas sociedades. En efecto, después de algunas décadas de un ataque continuado, occidente parece haber enterrado la figura del padre. Y por eso mismo siente su ausencia.

El volumen que reseñamos consta de cuatro capítulos. Parte de una sencilla exposición de la paternidad espiritual en el cristianismo y de los distintos

tipos de acompañamiento. Después expone las patologías de la paternidad, y se detiene finalmente en estudiar sus causas y algunas posibles vías de curación.

La presentación de la paternidad es sencilla, pero sirve para recordar sus rasgos esenciales en la tradición cristiana. Jesús presenta en distintas ocasiones a Dios como su Padre –y Padre nuestro también–. Y, en efecto, solo Dios puede engendrarnos para la vida eterna. Por eso, una convicción central es la que expresa el apóstol Pablo, para quien Dios Padre es aquel «de quien toda paternidad en el cielo y en la tierra recibe su nombre» (Ef 3,15). Dios ha querido contar con personas humanas para hacer presente su paternidad, pero quienes son llamados a ese servicio deben tener siempre presente que Padre, en sentido propio, es solamente Dios. A la vez, cada persona que colabora en esa paternidad «confiere al mensaje su colorido particular» (p. 33). Syssoev desarrolla estos puntos, y algunas otras ideas, repasando las figuras de san Pablo y de san José, así como el modo en que se ha vivido la paternidad espiritual en la historia de la Iglesia.

El capítulo dedicado a los tipos de acompañamiento comienza señalando algunas condiciones generales. En primer lugar, enlazando con el anterior, afirma que «toda paternidad terrena es una participación en la única paternidad de Dios. Quien dice participación dice imperfección, multiplicidad y complementariedad» (p. 45). Dicho de otro modo, no hay entre los hombres un padre que sea único y exclusivo, pues esos rasgos corresponden solo a la paternidad de Dios. A continuación, indica algunos extremos y plantea una de sus ideas centrales: «la paternidad espiritual no está en absoluto reservada para los clérigos, sino que procede ante todo de la fecundidad del sacerdocio bautismal» (p. 56). De este modo, la paternidad espiritual se distanciaría de la autoridad propia del sacerdocio ordenado, y se disminuiría el riesgo de abuso espiritual. En el mismo sentido sostiene el Autor que la paternidad del ministro ordenado debe entenderse como una forma de servicio (y no, de gobierno). A la vez, está lejos de considerar que el clericalismo sea la fuente de todas las formas de abuso: de hecho, escribe, «los abusos espirituales se encuentran tanto en las comunidades femeninas como en los movimientos carismáticos» (p. 59).

Puestas estas bases, Syssoev distingue cuatro modos de acompañamiento espiritual. El primero es el que corresponde a la *confesión habitual*. El segundo, el *consejo espiritual*, en el que desemboca con naturalidad la confesión, cuando se hace habitualmente con el mismo sacerdote. En realidad, el consejo espiritual sobrepasa el marco de la confesión, y «no está reservado en absoluto a los sacerdotes» (p. 63). En todo caso, requiere «una buena formación teológica y

ética, una experiencia profunda de la vida cristiana y un buen conocimiento de la situación, de sus circunstancias y de todos los factores implicados en ella» (p. 63). El Autor recuerda estas condiciones también en otros pasajes del libro, y suele añadir la necesidad de una honda vida espiritual. Por otra parte, al tratar del consejo apunta ya que este no debe convertirse en imperativo: «el consejo no es ni una orden, ni una ley, ni un atajo, sino una ayuda para vivir en la libertad de los hijos de Dios» (p. 65).

El tercer tipo es el *acompañamiento o dirección espiritual*. Este modo hace referencia a una relación que se prolonga en el tiempo y que, a diferencia del consejo, «va más allá de dilucidar una situación particular o una decisión que tomar» (pp. 66-67). Para Syssoev, el acompañamiento ayuda a «leer nuestra propia vida como una historia de salvación que se edifica sobre la presencia de Dios y su Alianza indefectible, y a pesar de nuestras infidelidades y nuestros reveses, con nuestras aspiraciones y nuestras luchas», y por eso mismo «requiere tiempo, atención y gratuidad», pues exige, en definitiva, un hondo conocimiento de la persona (p. 67). Además, por parte de quien acompaña, es precisa una gran delicadeza, pues «es grande la tentación de apoderarse de esta vida naciente en nombre de la eficacia» (p. 70). Por eso conviene tener presente que, a menudo, lo que se busca en el acompañamiento «no son tanto respuestas como que les enseñemos a hablar con Dios, no con nosotros» (p. 70). Quizá por eso mismo sostiene el Autor que ordinariamente no hará falta tener un acompañamiento de este tipo, y bastarán la confesión y el consejo espiritual. Sí es necesario, en cambio, en algunos momentos –como el seminario o el noviciado– o en ciertos periodos de la vida. En todo caso, es esencial no perder de vista que se trata de una ayuda en la que lo importante es llevar a cada persona a Dios, para que le escuche y se deje guiar por Él.

Finalmente, el cuarto tipo es propiamente la *paternidad espiritual*. Se trata de un fenómeno más infrecuente, en que alguien reconoce que su descubrimiento de la paternidad de Dios tiene que ver con la presencia en su vida de una determinada persona, un «amigo de Dios que me ha hecho nacer a esta vida divina» (p. 74). Las figuras de este tipo «no tienen ninguna pretensión de dirigir mi vida; soy yo quien reconozco en ellos a mis padres y mis madres» (p. 74). En efecto, como en el caso de la figura del *starez*, nadie puede auto-proclamarse padre espiritual de otro, sino que es el otro quien lo venera como tal. De hecho, dos rasgos importantes del padre espiritual son, para nuestro Autor, la huida de toda notoriedad y la «alegría de ir disminuyendo a medida que crezca la vida filial del hijo de Dios» (p. 78).

Los siguientes capítulos del libro hacen una exposición de cierto detalle de algunas patologías que pueden afectar al acompañamiento espiritual y de algunas vías de solución. En cuanto a las patologías, aparecen divididas en tres grupos. El primero es previo y reúne dos extremos: la *negación* de los abusos –un extremo poco común, tras la aparición de muchos de estos fenómenos en los medios– y la *desvalorización* del acompañamiento espiritual.

El segundo grupo recoge las «patologías por defecto»: la *renuncia* –sea por una personal ignorancia sobre el modo de dar acompañamiento, sea porque se rechaza todo contenido objetivo a la vida espiritual, de modo que no hay lugar para él–, el *formalismo* y el *diletantismo*. Señala el Autor dos motivos que tienen que ver con estas patologías. Por una parte, la necesidad de haber experimentado la paternidad espiritual para poder convertirse en padre de otros –una necesidad raramente satisfecha–. Por otra parte, lo exigente del mismo acompañamiento. En efecto, para llevarlo a cabo no basta tener un oficio en la Iglesia, o tener el deseo de hacerlo, sino que es precisa una preparación, una experiencia y una vida teológica. En particular, Syssoev se detiene en que el acompañamiento requiere la entrega de uno mismo: no cabe «atender y acompañar sin poner el corazón en ello, sin involucrarse personalmente» (p. 96). Igualmente, requiere la castidad, esto es, «que el acompañante sepa sacrificar en sí mismo lo que corresponde al deseo de posesión, al control o la explotación inconsciente del otro» (p. 98).

El tercer y último grupo reúne las «patologías por exceso»: el *autoritarismo* y la *seducción*. En uno y otro caso, el acompañante pretende ocupar un lugar que corresponde solo a Dios, y dice: «Tú vivirás *por mí*», en el primer caso, o «Tú vivirás *para mí*», en el segundo (p. 105). El autoritarismo es una patología en la cual el acompañante se coloca como mediador único y exclusivo de la relación de una persona con Dios. El Autor recoge distintos mecanismos que son fruto de esta pretensión, y que se han dado en la vida de ciertas comunidades religiosas. El superior se convierte en la única ley de vida, hasta el punto de que «se desprecian los estatutos, el derecho canónico y la simple prudencia» (p. 106). En cuanto a la manipulación seductora, Syssoev la presenta como «una patología que complementa a la anterior, como el reverso de una misma moneda» (p. 110). En este caso, la víctima vive «para complacer a su abusador, se volverá dependiente de la aprobación o el descontento de sus superiores» (pp. 110-111). También aquí se recogen distintos mecanismos comunitarios que son consecuencia de esta relación perversa.

El último capítulo del libro está dedicado a las causas de las patologías y a las posibles vías de curación. El Autor comienza señalando que la deforma-

ción de la paternidad espiritual tiene que ver con una visión igualmente distorsionada de la paternidad divina y de la relación con Dios. Afirma que, en realidad, se trata de una tentación continua en la vida de una persona. Por eso es precisa una conversión continua. Veamos a continuación algunas cuestiones que se examinan en el texto.

En primer lugar, subraya Syssoev la necesidad de la humildad. En el acompañamiento, esta exige no buscar la seguridad de los resultados, ni la eficacia de los procedimientos, sino la unión con Dios. Eso requiere a su vez el respeto de la Ley nueva del Espíritu –algo que no podemos prever del todo, ni dominar en ningún caso–.

Examina después la relación entre paternidad espiritual y sexualidad, y en particular su relación con la homosexualidad. Aquí la traducción castellana puede confundir al lector. En efecto, Syssoev sostiene que el deseo sexual no es lo más profundo que hay en el hombre (el texto castellano afirma lo contrario, cfr. p. 124). Más hondo es, para el Autor, el deseo de Dios, y por eso el deseo sexual puede ser integrado, con la ayuda de la gracia, en la vida nueva a la que nos engendra el Señor. En estos casos, la fidelidad a Cristo «exigirá una gran vigilancia, la purificación y hasta la mortificación de la sensualidad, pero también conferirá una humildad y una compasión que no se encontrará en otro lugar» (p. 126). Y en todo caso, quien acompaña espiritualmente a una persona tiene «el deber moral y profesional de no dejarse arrastrar a un juego de transferencia amorosa» (p. 127). A continuación, considera brevemente la relación entre celibato y paternidad espiritual –o celibato y abuso–.

En cuanto a los modos de prevenir los abusos, el primero que expone es la necesidad de moderar las expectativas que se ponen en el acompañamiento, pues «podemos tener la tentación de convertir al otro en el responsable de nuestra vida» (p. 129). En tal caso, el acompañante debería devolver la responsabilidad al interesado. A la vez, para el Autor, tan pernicioso es este extremo, como el de no esperar del acompañamiento más que una afirmación continua. En tal caso, no pasaría de ser una forma terapéutica de bienestar psicológico, y desde luego estaría muy lejos de la realidad de «ser engendrados a la vida de hijos de Dios» (p. 131).

Lo segundo que propone es no separar ascética y mística... y ética. A menudo los abusos se dan en personas que han ido en busca de fenómenos extraordinarios sin tener un suelo firme de virtud. En tercer lugar, señala la importancia de respetar y seguir los cauces legales dispuestos por la Iglesia: para

la elección de un superior, para realizar visitas canónicas, para atender a las víctimas... Syssoev aborda a continuación cuestiones más precisas, como el modo de llevar la investigación canónica, la publicidad de las penas, la cooperación con la justicia civil. Finalmente, plantea algunas preguntas sobre el acompañamiento de las víctimas y el de los culpables, que en ningún caso debe limitarse a la aplicación de las disposiciones jurídicas.

La conclusión del libro recoge en una suerte de destilado algunas consideraciones sobre las disposiciones interiores que pueden prevenir las patologías de la paternidad. Destacaría dos. Primero, el necesario desprendimiento, que nace de la confianza en que «Dios actúa en la persona a la que acompañamos», algo que nos permite amarles y dejarles vivir «en la libertad de los hijos de Dios» (p. 141). En este sentido, el perfeccionismo está muy lejos –para el Autor– de la perfección evangélica.

Y en segundo lugar, la idea que cierra el volumen: la amistad entre acompañante y acompañado como piedra de toque de una paternidad espiritual auténtica. En palabras de Syssoev, «no cabe dominio, seducción o concupiscencia en la amistad. (...) Allí donde permanece, actúa la obra de Dios. Allí donde se vuelve imposible, hay que temer las patologías de la paternidad espiritual» (p. 142). Desarrollar este punto daría tal vez para un capítulo más –o incluso un libro–. Quizá baste señalar que un acompañamiento en términos de amistad está tan lejos del autoritarismo y de la seducción, como de la afirmación continua, pero evitaría también las formas equívocas del formalismo –que basa su confianza en la eficacia de ciertos procedimientos– y del paternalismo –que en el fondo no cree que el acompañado pueda actuar con la libertad de los hijos de Dios–. Así, la asimetría propia de la relación paternofilial se complementa divinamente –en sentido casi literal, pues es Dios mismo quien se presenta también de ese modo– con la reciprocidad y la comunión (*común-misión*) que es propia de la relación de amistad. Son ideas que atraviesan las páginas del libro y quedan más claras desde su conclusión.

En resumen, se trata de un texto breve, sencillo y a veces un tanto esquemático, que sirve para tener una visión de conjunto sobre un tema actual y necesario. En vistas de una segunda edición, tal vez sería bueno proponer una revisión de la traducción. En todo caso, no es difícil reconocer los pasajes en que esta cae en ciertas confusiones.

Lucas BUCH  
 Universidad de Navarra  
 DOI 10.15581/006.56.1.251



---

# BIBLIOGRAFÍA: RESEÑAS DE LIBROS

